

# *PASOS CORTADOS*

Enrique Martín Zurdo

1ª edición, *La Mirada Malva*, 2012  
Colección Mirada Narrativa nº 11

© Enrique Martín Zurdo, 2012  
© *La Mirada Malva*, 2012

Diseño de portada: Mauricio Pontillo Gálvez

Reservados los derechos de esta edición para  
Editorial *La Mirada Malva*  
c/ Vitoria nº 6, 28223 Pozuelo de Alarcón  
Madrid – España  
Teléfono (34) 915 189 899  
[www.miradamalva.com](http://www.miradamalva.com)  
<http://miradamalva.blogspot.com/>

ISBN-13: 978-84-940067-2-2  
DL.: SE

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Impresión Publidisa  
**Impreso en España**

# ÍNDICE

Prólogo	5
I Pepín	7
II Las amistades	29
III El tío Heredia	53
IV Carmen, <i>la Pocachicha</i>	79
V Sultán	93
VI Los hijos de la tía Celestina	111
VII Las gracias	137
VIII Don Casimiro	151
IX La Virgen del Castañar	167
X Las tres generaciones	179
XI De presencias y ausencias	199
XII El regreso	211
XIII Catalina, <i>la Boliche</i>	219
XIV Tino	243
XV Los Zurdo Manjarín	253
XVI Los sueños	275
Agradecimientos	281



*Para Ángel Sáenz, la mejor persona que jamás haya conocido, siempre con su eterna sonrisa... Y porque si existiera otra vida, allá donde se encuentre, envidio al dios al que le está alegrando sus días.*

“Todos somos aficionados: en nuestra corta vida no tenemos tiempo para otra cosa”.

*Charles Chaplin*

“Como me estoy aficionando a escribir, no he podido resistirme al placer de imaginar unas vidas al módico precio de unos folios en blanco”.

*Martín Zurdo*



## Prólogo

Conocí a Enrique Martín Zurdo en convocatorias de foros solidarios que promovían la tolerancia, el respeto a la diversidad y la recuperación de la memoria histórica. Corría el año 2008, pronto advertí que Enrique tenía una fina sensibilidad y una manifiesta vocación literaria. Leí su relato *El viaje de la infamia*, premiado en el concurso convocado por CEPAIM, y cuyo jurado presidí. Otro de sus relatos *Con las ruedas pinchadas*, fue galardonado en el concurso *Tomos somos diferentes* de la Fundación de Derechos Civiles, y apareció publicado en el libro *Los nuestros son todos*. Este relato constituiría el embrión de proyectos más ambiciosos.

Poco a poco fueron entrelazándose entre nosotros los lazos de la amistad. En 2011 le invité a incorporarse como profesor a los talleres de escritura creativa del programa “Libros para la Convivencia”, organizado por el Fórum Intercultural en colaboración con ONG representativas de personas de origen inmigrante de América Latina, Europa del este y el norte de África. Los alumnos de los talleres de escritura creativa apreciaron su talante cordial, su gusto por los buenos libros y sus valores humanos. Fue entonces cuando leí estos *Pasos cortados*, que ahora salen a la luz pública, novela que desarrolla el argumento de *Con las ruedas pinchadas*.

*Pasos cortados* es un buen ejemplo de realismo social, aunque abarca mucho más. No obstante, eso lo descubrirá el lector. Yo solo daré algunas pistas: la novela recoge las características de un territorio y una época concretos, junto a los conflictos personales de los personajes que alumbran sus páginas.

Un día aciago el joven minero Pepín Fullaondo sufre un grave accidente que paraliza la mitad de su cuerpo y trastorna radicalmente su vida. Con un lenguaje claro, bien construido, que a veces incorpora expresiones del habla popular, se relata el largo y doloroso proceso de recuperación física y mental acometido por Pepín para superar pesadillas y dificultades hasta que consigue reencontrar su camino en la vida. Complejo proceso que se inserta en las condiciones de vida de los valles mineros asturianos de los años 60, algunos de cuyos aspectos singulares, como los sólidos

vínculos familiares, los ancestrales sistemas de protección de los mineros ante las adversidades, la lucha por la supervivencia de los desfavorecidos y la alianza de los poderosos para mantener un régimen injusto, son descritos con transparencia y sagacidad. Por lo demás, estas páginas no ofrecen un mero relato histórico, ya que mantienen toda la tensión que la vida misma genera. Aquí se describen historias singulares de nuestra reciente cronología, seres reconocibles que lucharon para abrirse camino en la vida en las circunstancias de su tiempo.

En suma, *Pasos cortados* rinde un sentido homenaje a las personas con discapacidad, a esas personas de gran calidad humana como Pepín Fullaondo, que luchan con entereza para salir adelante, asumiendo sus limitaciones, superando obstáculos físicos, laborales y sociales, sin renunciar jamás a disfrutar de la belleza ni al anhelo insobornable de la felicidad.

Francisco Cánovas Sánchez  
Presidente del Fórum Intercultural



# I Pepín

1

Aquel fue el día más largo de su vida, porque nunca acababa del todo, siempre reaparecía en una maldita pesadilla. En ese aciago día, el accidente en la mina a Pepín Fullaondo le partió la columna vertebral cuando le quedaba poco para cumplir los veinticinco, pero no consiguió quebrarle su sonrisa; ese seductor rictus que solía acompañarle como si estuviera pegado a la piel de sus labios. Esa sonrisa tan suya, tan franca, solo desapareció durante el largo y complicado periodo de convalecencia.

2

Afrontamos la liberación de Pepín y Nazario tragándonos ese pánico que a los mineros nos llega hasta las entrañas al producirse el derrumbe. Los que picaban cerca en ese momento salieron huyendo, y por boca de ellos no sabíamos si el accidente venía porque el demonio estuvo al acecho para explotar una bolsa de grisú, o les había alcanzado el corrimiento de alguna veta de carbón. El zumbido de la sirena, a una hora inapropiada, se convertía en ese maldito sonido que todos aborrecíamos; retumbaba insistentemente y de inmediato nos daba un vuelco el corazón. Ese estruendo era la estampida del mal agüero, un fastidioso sonido que, de vez en cuando, invade mis tímpanos y aún hoy, después de todo lo llovido, sigue siendo como un jodido eco lejano que me desvela en esas interminables noches si me asalta el puñetero sueño...

De nuevo aparece mi amigo Pepín con la cara entre ennegrecida y lívida, más muerto que vivo...

3

La recuperación física de Pepín superó el año de hospitalización entre Oviedo y Madrid, la psicológica se prolongaría durante más tiempo. Antes su cuerpo soportó tres delicadas operaciones; quizás la más complicada fue una intervención de fractura múltiple en el fémur izquierdo, para unirle el hueso por dos sitios, cuando ya había perdido la motricidad en las piernas.

Al comienzo del internamiento se lo dijo a su amigo Antonio una tarde de domingo en que este se acercó a visitarle al hospital:

—Eso de que los parapléjicos no sentimos las piernas es un camelo de los médicos para que les dejemos en paz.

—¿Tú crees...? —le siguió el otro la corriente.

—¿Que si lo creo? Antes no sabía ni lo que eran las agujetas, y hace un momento unos pinchazos insoportables me tenían baldado.

—¿Cómo te iban a salir agujetas?, si no parabas un momento quieto.

—Ahora me paso la vida sentado y acabo hecho unos zorros cuando me dan esas punzadas.

—Eso es de cabeza —indicó Antonio—, ya verás, en cuanto te lo quites de ahí, solucionado.

—Eso es... Es un dolor que me martillea las piernas y es imposible sacarlo de aquí —corroboró llevándose una mano a la frente—; como si las hubiera caído encima una tonelada de carbón de la que ya nunca me voy a poder librar.

—No te preocupes, hombre, seguro que podrás con ellos. ¡A ver qué ha podido contigo en la vida!

—No sé, chico, no sé... —dudaba apesadumbrado—, esto es distinto a todo; hay que pasarlo para ver lo cabrones que son. No te lo puedes ni imaginar.

—¡Vamos, macho, que no me entere yo que te vas a venir abajo, cuando ya ha pasado lo peor!

Pepín justificaba sus temores.

—Para que te hagas una idea: me sucede lo mismo que al compañero de la habitación de enfrente. Él perdió la pierna a la altura de la rodilla por un accidente con la moto y ya está haciendo algo de rehabilitación.

—¿Y qué le pasa?

—Que se queja del pie que ya no tiene. ¿Te das cuenta? ¡Del pie que ya no tiene! ¡Y con tremendos dolores!... Que le oyes y se le pone a uno la piel de gallina.

—¡Joder!

—Me hace gracia, aunque malditas las ganas. ¿Sabes qué dice? Que es su pie fantasma, y hasta le viene ese hormigueo que

a veces sentimos en los dedos si se nos duerme un pie.

—Verás como tú, poco a poco, lo irás superando —le cortó Antonio, intentando que no se obsesionara con sus dolencias.

Pero Pepín insistía:

—No, es igual que lo de Fabián, en estas piernas sin nervios, que me duelen como si estuvieran vivas... ¡Qué dolores!... A veces no me importaría quitarme de en medio.

A Antonio le preocupó oír los deprimentes comentarios expresados por el amigo. No alcanzaba a percibir si esos padecimientos tendrían un carácter temporal o debería acostumbrarse a convivir con ellos. Si este era el caso, ¿en qué persona se convertiría Pepín tras su experiencia con el dolor? Además de las mellas físicas en su cuerpo, ¿qué otras podrían anidar en su alma?... Tampoco se imaginaba cómo sería capaz de matar el tiempo un tipo que, si en su vida se había caracterizado por algo, era por su dinamismo. En lo sucesivo no existiría otra alternativa que permanecer en una silla de ruedas para el resto de sus días. ¿Qué sería de su vida?... ¿Se angustiaría ante la perspectiva de no saber cómo llenar tanto tiempo que le quedaría por delante? La mina siempre se cobraba su inevitable factura de víctimas, pero no sabía de nadie que acabara parapléjico. Pensaba en cómo poder ayudarle; sin embargo, no tenía claro si estaba capacitado para ello, pues le vencía la pena de tal manera al verle en semejante estado de frustración, que procuraba espaciar las visitas al hospital. Y es que al encontrarse con Pepín tenía la extraña sensación de que él mismo podría derrumbarse en cualquier instante. Se decía que su esencial cometido era transmitirle sus mejores voluntades, pero desconfiaba de sus propios ánimos y, como consecuencia de ello, de que sus palabras no fueran dichas con la sincera expresividad que le dictaba el corazón.

A Pepín le bastaba que el mejor amigo se descolgara por la clínica, aunque acudiera de tarde en tarde, para hacerle compañía en alguna de aquellas interminables jornadas hospitalarias. Necesitaba hablar con él en esos ratos excepcionales en que la tía Hermelinda, su madre, y el padre, el tío Fullaondo, aprovechaban a salir de la habitación para airearse y dejarles solos. Con ellos delante, apenas despegados de la cama, no se atrevía a desahogar su caudal de tristeza, porque no quería añadir mayor desolación a

la que ya de por sí habían adquirido sus avejentados rostros.

El accidente coincidió en un tiempo donde se podía “elegir” entre la mina o la mili<sup>1</sup>, y Pepín no se lo pensó dos veces: prefirió permanecer agarrado a sus raíces en el valle astur, cuando una carta procedente del gobierno militar le citaba a pasar un reconocimiento médico en la caja de reclutamiento de la capital.

Al finalizar la guerra civil los gobiernos del dictador, el general Franco, ofrecían en determinadas zonas otras alternativas a la mili para jóvenes que entraban en quinta al cumplir los dieciocho años. Una de estas posibilidades, incluso con exiguas remuneraciones de por medio, era el trabajo en la mina o destinos tales como los de maquinista o mecánico en la red de ferrocarriles y en el Metro de Madrid y Barcelona. Al fin y al cabo, el país precisaba mano de obra barata, y con estos trabajos los jóvenes aportaban una pequeña ayuda a las necesitadas economías domésticas, a diferencia del servicio militar donde el tiempo dedicado al ejército se prestaba sin recibir alguna contraprestación.

El hijo de la tía Hermelinda se decantó por la mina asturiana como aprendiz de ramplero, ante la incertidumbre que el sorteo militar generaba en sus padres y habida cuenta que a su amigo Constantino, el primo segundo de Antonio, en mala hora le tocara El Aaiún, una misérrima población africana en el remoto desierto del Sáhara<sup>2</sup>. Constantino era uno de los quintos en el reemplazo anterior al suyo del 58, y su destino en aquellas lejanas tierras hizo que lo perdieran de vista durante dos Navidades seguidas, excepción hecha del mes y pico de permiso que, el bueno de Tino, procuró hacer coincidir con la recolección de las manzanas en el pueblo para echar una mano a la familia en los trabajos del

---

1 La mili era el periodo de tiempo obligatorio que, salvo excepciones contempladas por la ley (hijos de viuda, enfermedad, etc.), exigía el Estado a los jóvenes en concepto de servicio militar a la patria cuando cumplían los 18 años. En ese momento el joven se convertía en un quinto en espera del destino geográfico que le deparase el sorteo de la mili. Un decreto ley del gobierno del presidente Aznar la suprimió en el año 2001.

2 El colonialismo español en tierras africanas se mantuvo hasta la década de los 70 del siglo XX. El ejército destinado en estos territorios estaba constituido en su mayoría por personal de tropa español ya que los mandos recelaban de los jóvenes nativos. Las colonias guineanas se unifican en un país independiente, Guinea Ecuatorial, en tanto que el Sáhara Occidental pasa a depender de Marruecos en 1975 por la presión que, con la Marcha Verde, ejerce el reino alauita sobre el gobierno del moribundo Franco para anexionarse el citado territorio.

campo, y ayudarles en el aprovisionamiento de la leña y el carbón indispensables para afrontar el último largo invierno en el que él continuaría ausente del valle.

José Fullaondo precedió a Pepín, tanto en el nombre como en los avatares y sacrificios de la mina. Aquella era una ineludible cadena profesional transmitida por generaciones de padres a hijos, y Pepín no fue la excepción. Suerte para futuras descripciones que sus nombres nunca den motivo a posible confusión, pues en José no caló el Pepín como en el hijo, y sobre todo se le conoció por el tío Fullaondo.

La tía Hermelinda colaboraba al sostenimiento de la economía familiar atendiendo a las faenas domésticas, así como al diario trajín de llevar a la vaca hasta el pastizal, ordeñarla, o cultivar las patatas, las habichuelas y otros productos hortícolas. La salud de la mujer pendía del fino hilo de su enfermizo corazón; ella apenas se quejaba, pero su eterno cansancio y la lividez de sus mejillas no auguraban nada bueno, y su cuerpo se lo llevó un mal aire cuando una naturaleza tan débil como la suya no superó las primeras escarchas de un frío invierno a mediados de los 60. Cuentan que fue un infarto lo que la dejó tiesa como un pajarillo, mientras estaba ordeñando a la vaca en la cuadra, y muchos la buscaban por los alrededores del pueblo al creerla ausente del caserío a punto de vencer el día...

Pero eso ocurrió algún tiempo después del inicio de este relato.

4

... Fue unos años más tarde cuando llegué a la conclusión de que, en realidad, la elección de Pepín consistió en un simple acto de generosidad hacia sus padres, como hijo único de una madre con una salud muy delicada y de un minero con la artrosis pegada a los huesos, que hubo de jubilarse recién cumplidos los cuarenta al tener los bronquios podridos por la silicosis y, todo sea dicho, por la nicotina de un par de cajetillas de *Celtas* que al cabo del día se metía entre pecho y espalda. Todos echábamos un pito de vez en cuando, pero lo de este hombre era exagerado con el tabaco.

En lo que a mí respecta, también me decidí por la mina al acabar la mili sin oficio ni beneficio, y no haber mucho donde

escoger para ganarme el jornal en el pueblo. Ingresé como ayudante de barrenista en el pozo *María Cristina* de *Las Hulleras* y *Antracitas del Norte*, el mismo en donde Pepín ya venía picando desde hacía dos años. Tampoco entraré en demasiados detalles de mi vida, porque esta es su historia y no la mía.

Una historia en la que los hechos se repetían a la inversa de como ocurrieron en un tiempo no muy lejano. Entonces fue él quien me liberó del resquebrajamiento de unas vigas en un ramal de la cuarta galería. Mi amigo ramplaba en otra cercana a donde se produjo el derrumbe. Tuve mucha suerte, salí ileso con bastantes magulladuras y un corte en la frente, del que aún conservo una ligera cicatriz, al acurrucarme en una pequeña oquedad generada por el desmoronamiento de la hulla. Casualmente Nazario, Pelayo *el Azafranao*, y *el Periquín* picaban a mi lado. Y digo lo de casual, porque visto lo que pasó, parecía como si Nazario estuviera sentenciado a morir en la mina. Aquel día los cuatro nos salvamos de milagro, aunque Nazario acabó con un brazo partido y *el Azafranao* con la clavícula rota. *El Periquín* salió ileso, y fue quién consiguió escapar por piernas para pedir ayuda.

Para cuando me rozó la Parca, Pepín y yo éramos unos escarmentados picadores con las manos encallecidas por el pico y la pala. Tantas jornadas a nuestras espaldas, en las que ese polvo de mierda se nos asentaba en nuestras gargantas y pulmones, avivaron un carraspeo crónico del que nunca me libré, y eso que ya pasaron unos años desde que perdí de vista el agujero...

5

Confiaban en que Pepín y Nazario fueran los únicos atrapados por el primer recuento de los otros compañeros allí presentes. Al entrar al pozo, bajando en el ascensor, enseguida percibieron que el aire, por denominarlo de alguna manera, estaba más enrarecido de lo normal, sin apenas ventilación. Era una atmósfera sofocante, tan pegajosa por tanto polvo diluido de carbón, que se podía cortar a navaja. Alguien de la voluntaria cuadrilla formada por varios mineros para intentar rescatarlos, dijo que no olía a gas. Además, el jilguero situado en la primera galería seguía canturreando. Pero tampoco era un consuelo; de sobra sabían que el maldito gas no era fácil de detectar por el olfato

debido a su cualidad de inodoro y al olor a humedad que invade la mina. Una galería podía llenarse de grisú, o incluso concentrarse en el espacio reducido de una bolsa generada por la roca, y solo lo descubrían por la lámpara de seguridad. Lo fundamental era despabilarse y escapar rápidamente, pues si lo inhalaban estaban perdidos y morían asfixiados. Entonces el soporífero sueño les hacía languidecer y ahí no había posibilidad de vuelta atrás. En la mina aún se seguirá oyendo aquello de “si a uno le coge el sueño, que se dé por muerto”. Las pocas veces que ese gas, a fin de cuentas metano, avisaba con antelación, solían presentarse las náuseas, los dolores de cabeza, el descenso de palpitations, y había que huir antes de que llegaran los mareos o una probable explosión si entraba en contacto con una mínima chispa.

El miedo era tan libre que descendían en la vagoneta, por la galería, temerosos de otros desprendimientos capaces de sepultarlos. Debían avanzar con cautela, a pesar de la premura por llegar a tiempo. Aguzar el oído, por si les alcanzaba los chasquidos procedentes de la roca o de las capas de esquistos, era de obligado cumplimiento. En dos ocasiones, cerca ya del derrumbe, no tuvieron más remedio que detenerse para asegurar puntales que garantizaran el regreso. A poco de entrar en la mina los viejos mineros aleccionaban a los más jóvenes con sus consejos. Uno importante era que “cuando la roca hablara había que escucharla”.

Al menos obtuvieron una mediana recompensa a tanto esfuerzo aplicado para liberarlos de la montonera de hulla que cubría sus cuerpos. Su intrepidez sirvió, según palabras de Pepín, para ofrecerle media vida. Lástima que con Nazario no llegaron a tiempo; cuando les desenterraron al compañero ya no le respondía el pulso. Le apartaron a un lugar considerado más seguro, y Wenceslao le hizo el boca a boca mientras Javier le presionaba el corazón con sus manos. Pero todo fue inútil; habían quedado enterrados entre enormes terrones de carbón de piedra que, en el desprendimiento, a Pepín le dañaron gravemente la médula espinal, y a Nazario le cubrieron el cuerpo, con tal brutalidad, que no se libró de la fractura del cráneo ni de la muerte por asfixia. Solo les alivió confirmar que no existían más sepultados, si bien jamás volverían a oír la voz de Nazario entonando sus coplillas fuera

del pozo al momento de ducharse en el vestuario, o amenizando con su grupo musical las verbenas y romerías en los pueblos de la comarca cuando llegaba el verano.

6

... Pepín fue quien precisamente puso el apodo de *el Cantante* a Nazario la primera vez que le oyó cantar en las duchas; aunque todo aquel que se atrevía con ese agua tan fría entraba a formar parte de un coro de desafinados cantarines. Él era el único que no desafinaba al caerle el agua por la espalda. En la mina podías palmarla por varias causas, pero eso sí: conseguías inmunizarte a las enfermedades del corazón. Y no lo afirmábamos nosotros; era el médico de la mutua quien aseguraba que aquellas aguas eran muy buenas para la circulación de la sangre. Ya podían ser buenas, ya... Como que si no te frotabas con toda la energía que fueras capaz de sacar del cuerpo se te cortaba la respiración y no había cristiano que las soportara, cuando no nos rechinaban los dientes de la tiritera... En fin, la mayoría solíamos conformarnos con quitarnos la mierda de la cara y las manos.

Estas líneas son también un reconocimiento al valor de quienes se apuntaron al rescate, arriesgando su propio pellejo, para salvar el de los compañeros atrapados. Todos, menos *el Periquín*, éramos del turno anterior. Alguno venía rezagado de guardar las herramientas en el alpende, y a otros nos pilló cambiándonos de ropa. Ellos fueron Serafín, *el Pomposo*; Javier Aranguren, más conocido por *Arangu*; Wenceslao, el de los *Jetalobo*; Pelayo, *el Azafranao*, por su pelo tirando a rojizo, José Pedro, que para todos era *el Periquín* y Tinín, al que llamábamos *Manazas*, por esas manos que parecían palas de grandes que eran.

El pueblo es lo que tiene: naces *Jetalobo* y morirás *Jetalobo* por mucho que entre medias te hayas convertido en un tío más guapo que el Robert Redford.

Al *Periquín* le pasó lo contrario, escapó de la mili por su estatura, y eso de no haberse fotografiado de soldado lo llevaba fatal. Para animarle le decíamos que le había tocado la lotería con no perder el tiempo, y no ver un duro durante esos dieciocho meses de su juventud, pero él no se quedaba muy convencido. José Pedro sigue siendo un tío fenomenal, con un corazón más



grande que su cuerpo. Se apuntaba a casi todos los rescates y nos venía de perlas, pues su estatura no se correspondía con sus fuerzas. Allí por donde no cabía nadie accedía él para abrir huecos en el desescombros y facilitar el rescate.

Ahora no sé, pero antes era raro que en la mina se librara de su apodo el propio de turno. A poco de enfundarte el casco, el mono de dril azul oscuro y la lámpara, alguien se encargaba de bautizarte con el mote por el que serías conocido entre la camaradería, y ya te quedabas para siempre con él. Muchos pasaban de padres a hijos como Pepín con el paterno Fullaondo. De por sí el apellido tenía lo suyo, aunque un compañero le llamó *Orejas* un día que el barbero le cortó el pelo más de lo debido.

Fue una mala tarde; Pepín venía rebotado por el crimen que, según él, le había preparado el peluquero, y al otro se le quitaron las ganas de volvérselo a llamar cuando a mi amigo se le cruzó el genio y le soltó una andanada de las suyas. Vamos que como se lo oyera otra vez, se iba a tragar esa palabra. No fue ni el primero ni el último que se lo llamó, y lo normal es que siempre se mosqueara, porque le sentaba como un tiro que le mencionaran *el Orejas*. Si yo estaba presente trataba de quitarle hierro al asunto pues, conociéndole, sabía que no cedería ante el “gracioso”. Acabó enterándose que las orejas eran de lo poco que en el cuerpo no paraba de crecer con la edad y eso ya fue la hecatombe. Así es que cuando todos llevábamos el pelo más bien corto, porque esa era la costumbre o la moda, él acostumbraba a presumir de cabellera larga. Realmente tenía un pelo agradecido y a la vez conseguía disimular su complejo. En el pueblo era Pepín, pero en la mina se le conocía por *el Fullaondo* o por ese otro apodo que tan mal encajaba.

Yo me quedé con *el Zurdo*, no por ser zocato, que dicho sea de paso me manejo bien con las dos manos después de utilizarlas en los años de minero, sino porque así se apellidaba de primero mi tatarabuelo: Zurdo. En mi familia somos *Zurdos* o *Zurdas* dependiendo del sexo aportado al nacer.

A Serafín, *el Pomposo*, se debían bastantes apodos puestos en la mina. Ha pasado tanto tiempo que no recuerdo exactamente quién empezó a llamarle a él *el Pomposo*, pero vino a coincidir cuando a poco de entrar en el pozo se puso al frente de nuestras

reivindicaciones laborales. Asistíamos a uno de esos parloteos que nos largaba, y aquel día a un veterano se le oyó decir con cierta retranca: “¡*Cuidadín* con la pompa que te das, macho, si tú de esto no entiendes de la misa la media!” Y a partir de ahí fue cuando a Serafín le conoceríamos por *el Pomposo*. Aunque se armó una buena, porque varios compañeros se lo tomaron como si de ofensa propia se tratara y uno le saltó: “¡Hala, ánimo, y dilo tú igual que él, que para decirlo con ese valor hay que tener muchos redaños!” El de *la pompa*, a modo de disculpa, lo quiso arreglar, pero no convenció al ofendido que le lanzó: “¡No te jode con la que nos viene ahora este!”

Serafín enseguida formó corrillos en torno a él, con su palabra fácil, y al darnos cuenta de que llevaba mucha razón en casi todo lo que decía a propósito de nuestras malas condiciones laborales, lo justo que llegaba el jornal, y de cómo los patronos se aprovechaban de nosotros por nuestra ignorancia. Con los años desempeñó un importante puesto en el sindicato y en el partido...

7

Pasaron ya más de ocho lustros de aquel infausto día, y aún permanece en la memoria de quienes los rescataron el horrendo escenario del derrumbe. Eran sucesos que corrían de inmediato como un reguero de pólvora por la comarca, y pervivían para siempre en el imaginario de las generaciones venideras. Remembranzas evocadas fundamentalmente por quienes escaparon del accidente y por los rescatadores. Los primeros orientaron a los voluntarios que se apuntaron a entrar al infierno, así podrían acceder hasta el lugar del siniestro, y sabrían de los atrapados. El drama volvía a repetirse en la fatídica cuarta galería. A Pepín le encontraron semiinconsciente, varias heridas seguían desprendiendo finos hilos de sangre por su cuerpo; no obstante, le quedaba un penúltimo aliento para referirse a Nazario.

—A él no se le oye —les susurró.

Era espantoso enfrentar a ese hombre derrotado por la vida con el que entró a la mina en el primer turno de aquella aciaga jornada. Aquel era un hombre de fuerte complexión, de estatura algo superior a la media, anchos hombros, frente despejada,

rizada cabellera peinada hacia atrás igual de morena que su tez, nariz respingona y proporcionados labios y mandíbulas. Lo único que no hacía honor a ese porte eran sus orejas de soplillo disimuladas bajo el pelo. No es que las tuviera más grandes de lo normal, sino que destacaban por una exagerada doblez de los lóbulos, bastante separados del cráneo. Sin embargo, sus vivos ojos estaban realzados por unas cejas bien perfiladas y por unos hermosos iris olivinos heredados de la tía Hermelinda. La viveza de esos ojos era la única impronta que el accidente no eliminó de su tiznado rostro.

Los minutos transcurridos cuando ascendían portándoles en las dos camillas hasta la bocamina, se convirtieron en horas interminables para quienes les esperaban angustiados al pie del pozo. Arriba olía al aire limpio de uno de esos días excepcionalmente luminosos que salió a finales del otoño del 64. La tía Hermelinda era una de esas afligidas madres temerosas de lo peor; con el rostro desencajado y un timbre de voz muy bajo, invocaba a la Virgen sus entrecortados rezos para que no abandonara al hijo a su suerte.

—Santina bendita... —apenas se le oía implorar—, si mi Pepín sale de esta me pondré el hábito... Por Dios, Santa Bárbara no le olvides, acuérdate de mi hijo. Santina bendita...

El padre, por el contrario, permaneció en un estado catatónico durante un buen lapso de tiempo. Era otra forma de llorar sin lágrimas; pero, de buenas a primeras, salió del trance lanzando exabruptos contra los dueños de la mina traicionera, siempre reclamando su ración de víctimas.

—¡Unas marionetas en manos de esa puta! —maldecía—. ¡Eso es lo que somos por culpa de estos cabrones que todo lo quieren para ellos!

A la madre no le pilló de sorpresa esa reacción del marido.

—¡Cállate! —le decía al borde del llanto, abrazándose a él y conminándole a que silenciara sus improperios. Pero él continuaba con su desahogo.

—¡Me cago en la puta de la guadaña y en esos cabrones!

—¡Cállate, Pepe, por Dios...! ¡Y reza por una vez en la vida, aunque solo sea por tu hijo!

La salida a la superficie constituía un acto de brusquedad para

esos contaminados pulmones, incapaces de adaptarse a un aire tan puro sin los recalcitrantes tosidos de por medio. Un reluciente sol, algo extraño para esa época del año en la climatología del valle, les quemaba los ojos después de tanta negrura. Allí aguardaban expectantes los cariacontecidos compañeros, apurando el pitillo que evitaban en el pozo, junto a mujeres y hombres venidos de lugares cercanos. En primer término se arremolinaban varios chavales y unos chuchos, críos más pequeños aparecían en brazos de las madres o pegados a sus mandiles. Algunas lucían nuevos embarazos cuando aún no acabaron de destetar a los mocosos que sostenían. Lo de mocosos era literal, pues una madre libraba a su chiquitina de ellos limpiándoselos con su mandil. Otra mujer ni tiempo había perdido en desprenderse de los rulos de su pelo cubiertos bajo su negra pañoleta.

Don Manuel, el maestro de parvulario, interrumpía las clases en la escuela cuando sabía de un accidente, y salía despavorido temiéndose lo peor. El hombre tenía a Manolín de picador en la mina, el único de sus hijos que no quiso seguir con los estudios en la Laboral<sup>3</sup>. La mayoría de las criaturas de su numerosa clase, incluso los pocos sin familiares en la mina, preferían acudir al olor de aquella maldición que perseguía a sus ancestros desde tiempos remotos a quedarse jugando al fútbol en el patio de las escuelas. Entre las mujeres, muchas revelaban su sempiterna indumentaria fúnebre por su condición de viudas o huérfanas enlutadas desde sus negras pañoletas, cubriéndoles las cabezas, hasta sus oscuras medias. Excepcionalmente alguna desentonaba en esa uniformidad con prendas más coloridas. Todas eran abuelas y madres precozmente avejentadas por las huellas del dolor, hijas, hermanas, primas y nietas de mineros que yacían bajo tierra mucho antes de verlas crecer.

En cuanto vieron aparecer a los accidentados se abalanzaron sobre ellos en medio de desgarradores sollozos. El médico y el practicante del pueblo esperaban al pie del agujero para realizarles unas primeras auscultaciones de urgencia, procurando que los familiares no interfirieran en su trabajo. Don Esteban, el galeno, certificó el fallecimiento de Nazario, y ordenó la inmediata evacuación de Pepín al hospital de la capital, al tiempo que le

---

3 Universidad a la que acudían, entre otros, hijos becados de algunos trabajadores.

limpiaba y desinfectaba las peores heridas con tintura de yodo. Ayudado por Aurelio, el practicante, consideró pertinente empuñar unos minutos para contener la hemorragia de una herida en el hombro, pues continuaba sangrando con un leve flujo después del tiempo trascurrido, y a pesar del ensangrentado torniquete practicado por Martín, *el Manazas*.

—¡Hijo, hijo...! ¡Hijo, mío! —clamaba la tía Hermelinda.

A la madre de Nazario se le oían unos gritos desgarradores al besar la cadavérica faz tiznada del hijo. Sus gritos eran también interpeladores:

—¿Por qué mi hijo...? ¿Por qué mi hijo...? ¿Por qué...? ¡Por qué!

La hermana del difunto, con una voz más tenue, repetía una monacorde letanía parecida a la materna.

—¿Por qué te has ido, chache? ¿Por qué te has ido?

Tras la evacuación de Pepín al tío Fullaondo le explotaron los nervios, mientras esperaba la furgoneta que les llevaría al hospital, y continuó con sus reproches dirigidos a los patronos sin hacer caso a la tía Hermelinda.

—¡A ver cuándo os rascáis el bolsillo de una puta vez en las galerías! Esto no es un accidente, es una tragedia que se veía venir... ¡Cabrones!

—¡Cállate, Pepe! —insistía la mujer a media voz.

—¡Que muchas de estas tragedias podrían evitarse, cago en sandiós! —proseguía él cada vez más alterado, ignorando a la esposa.

—¡Por Dios, cállate! Ya verás, el guaje va a salir de esta, que la Santina no puede olvidarse de él.

La apocada figura de la mujer revelaba su procesión interior solo mitigada por la fe y los besos depositados sobre un escapulario de la Virgen. Sobrecogía verla cómo lo empuñaba fuertemente en medio de un ininteligible susurro.

—¡Joder, Herme! —profería impotente el marido—. Para empezar ya se ha olvidado del *Cantante*.

—Pepe, por tu hijo te lo pido... Al menos hazlo por él... ¡Calla, hombre, calla!

Un murmullo de voces procedentes de los allí congregados secundaba las imprecaciones del tío Fullaondo. Este, dada su

experiencia, consideraba que buena parte del accidente se debía a las escasas medidas de seguridad aportadas por los patronos al mantenimiento de la mina. Ni siquiera las subvenciones tardíamente concedidas por el Ministerio de Industria, a fondo perdido, para la ventilación y mejoras en las instalaciones, eran destinadas por aquellos miserables para sus verdaderos fines. El Ministerio no hacía un seguimiento de la cantidad asignada y los dueños, para cubrir el expediente, dedicaban una ínfima partida de la misma en algo que llamara la atención sin atender a las auténticas necesidades. No a todas las explotaciones les afectaba estas fraudulentas prácticas, pero *Las Hulleras* y *Antracitas del Norte* venía participada por capital extranjero, y este solo buscaba la inmediata rentabilidad a cualquier precio, incluido el de vidas humanas. La reincidencia de siniestros en el pozo *María Cristina* en nada tenía que ver con los ocurridos en similares explotaciones, y de ahí las exigencias de mineros como Serafín, *el Pomposo*, y de otros ya jubilados como el padre de Pepín.

—¡Tiene razón el tío Fullaondo! —se atrevió a gritar entre el grupo otra voz anónima de mujer.

Esa voz encendió una mecha que prendió en el coro de desafiantes; a él se le unieron los fatigados rostros del último turno.

—¡La culpa es de ellos!... ¡Sí, la culpa es de ellos! —rugieron bastantes voces al unísono entremezcladas con insultos.

—¡A vosotros, a vosotros os querría yo ver ahí dentro! —exclamó Serafín.

—¡Cabrones! ¡Hijos de puta!... ¡Cabrones!... —se oyó claramente entre el griterío de iracundos.

—¡Eso es lo que sois —insistió Serafín—, una panda de cabrones!

Aquella enfervorizada muchedumbre estaba a punto de convertirse en un arrollador terremoto humano de impredecibles resultados. Y el padre calló, no tanto por complacencia hacia la tía Hermelinda o respeto a la memoria de Nazario, como por su delicada salud cuyas limitadas defensas, en los momentos de sobresalto, reaccionaban mediante una tos crónica que le cortaba la palabra y la respiración. El ataque de tos, como tantas veces, fue más intimidatorio que las súplicas de la esposa.

# Títulos publicados



## Colección Mirada Ensayo

**Blas Matamoro Rossi**

*Lógica de la dispersión o de un saber melancólico* (edición papel y digital pdf)

**Arturo García Ramos**

*El cuento fantástico en el Río de la Plata* (edición papel y digital pdf)

**Elsa O. Heufemann-Barría**

*Orellana, Ursúa y Lope de Aguirre: sus hazanas novelescas por el río Amazonas* (edición papel y digital epub)

## Colección Mirada Narrativa

**Blas Matamoro**

*Malos ejemplos* (edición digital pdf gratuito)

**Consuelo Triviño Anzola**

*Prohibido salir a la calle* (edición papel y digital pdf)

*El ojo en la aguja* (edición digital pdf y epub gratuito)

**Guillermo Roz**

*La vida me engañó* (edición papel)

*Avestruces por la noche-Dos nouvelles* (edición papel y digital pdf)

**Héctor Perea**

*Los párpados del mundo* (edición papel y digital pdf)

**Luis Fayad**

*Testamento de un hombre de negocios* (edición papel y digital pdf)

**Juan Moro**

*La última parroquia antes de América* (edición papel)

**Encarnita Vital Sacramento**

*Menos cuento que Calleja* (edición digital pdf)

**Darío Ruíz Gómez**

*Crímenes municipales* (edición papel y digital pdf)

**Alexander Prieto Osorno**

*Bonitos crímenes* (edición papel y digital epub)

**Fernando R. Mansilla**

*Gabinete veneciano* (edición papel y digital pdf)

**Fernando Cruz Konfly**

*La vida secreta de los perros infieles* (edición papel y digital epub)

**Enrique Martín Zurdo**

*Pasos cortados* (edición papel y digital epub)

## **Colección Mirada Poesía**

**Pedro Granados**

*Al filo del reglamento. Poesía (1978-2005)* (edición digital pdf gratuito)

**Samuel Serrano**

*El hacha de piedra* (edición papel)

**Anna Blasco Olivares**

*Los mares de arroz* (edición papel y digital pdf)

**Darío Ruiz Gómez**

*En ese lejano país en donde ahora viven mis padres* (edición papel y digital pdf)

## **Colección Mirada Arte**

**Alfonso Fernández-Cid Fenollera**

*Fenollera –Catálogo– Obra pictórica* (edición papel)

## **Colección Mirada Miscelánea**

**M. Carme Melchor Carpio**

*Así sea (Aché to)* (edición papel)

*Reflexos d'ultramar* (edición papel)

**Alfredo Cerda Muños**

*El teatro universitario en Guadalajara entre 1960 y 1990* (edición papel y digital pdf)

**Rosario González Galicia**

*Estudio dialectológico de nombres de plantas silvestres de la Campiña segoviana* (edición digital pdf gratuito)

**Alfonso Fernández-Cid Fenollera**

*Parolas con un ginecólogo* (edición papel)